

# Calanda LOS TAMBORES

Las biografías hablan de un tal Luis Buñuel, director de cine, que nació en Calanda. Y punto seguido debería hablar del «español universal», y qué bien, y citar a algún Pablo, y qué bien, y decir aquello del «otro genial sordo aragonés», y pero que muy bien, para tranquilidad de los que han visto «Tristana» y se han construido ya una teoría válida sobre el enraizamiento y la llamada de la tierra.

Ahí justo, donde nació Luis Buñuel, está Calanda, unos cuatro mil habitantes, en un paisaje ni seco ni húmedo para estas fechas, tierra vieja de lomas suaves para los olivos —sobre todo olivos— y las vides, tierra ocre del color de la tierra. Calanda es Bajo Aragón, del Teruel asentado cerca de la sierra del Maestrazgo, del último Teruel, casi Castellón, casi Tarragona (la «Cataluña irredenta», vaya). Ya no en Calanda, pero sí en la comarca se habla todavía en algunos puntos el «chapurreado», un cierto lenguaje cuya receta es catalán y valenciano del interior con alguna dosis de castellano deformado y raras restos del arcaico idioma aragonés.

El viaje a Calanda encuentra su más feliz pretexto durante la Semana Santa, fuera del coleccionista de rarezas que acuda allí para comprobar por sí mismo que es la única localidad de España que dedica una calle al último de sus hijos predilectos y, al mismo tiempo, a un director cinematográfico (sí, Luis Buñuel). Ocurre que en la Semana Santa de Calanda no protagonizan el rito hachones y velas, encapuchados y penitentes, pasos y estandartes, Cristos yacentes y Madres Dolorosas, sino tambores, todos los tambores que el pueblo pueda sacar a las calles, y su ruido, todo el ruido inimaginable que pueda conseguir un pueblo echado a la calle golpeando esos tambores con su más corajuda saña durante veintiséis horas prácticamente ininterrumpidas.

## Calanda, sin carismas

Calanda da la medida de lo que podría ser un típico pueblo bajoaragonés. Ni grande ni pequeño, enclavado en una tierra que corresponde exactamente a los trabajos que recibe, sin ápice de generosidad, ofrece en un primer momento una imagen adusta y austera (austeridad que poco tiene que ver con la castellana, sino más bien con la carencia de ese carisma que parece conferir en



Aragón el padre Ebro a sus riberas). La impresión se confirma cuando el visitante se adentra y va dejando atrás las casas más nuevas, las periféricas, y se acerca a la plaza de la Iglesia, que quizá se llame de España, pero que nadie nombra así.

Todavía se tienen en pie las grandes casonas de los propietarios, de la burguesía agraria que construía sus mansiones de gruesa piedra a la que el sol de la tarde hace caminar por los más puros matices de rojos y ocre. Las casas más modestas renuncian a la piedra vista y se levantan de ladrillo o se recubren de cal para parecer más limpias. El pueblo está pavimentado casi por completo, unas veces asfalto, otras cemento, y losas o cantos rodados en las calles más viejas, estrechas y en cuesta.

Las calles principales confluyen en la plaza de la Iglesia, de forma raramente triangular. La parroquia se levanta a un lado, frente por frente de la casa de los Buñuel. Es un templo desnudo de imágenes y altares, contrariamente a lo común, porque sirvió de almacén del ejército republicano

durante la guerra civil y no se ha creído oportuno devolverle los barroquismos pasados.

## «La rompida»

Justo tras la iglesia se encuentra una segunda plaza, unida a la principal por la calle Luis Buñuel. Es esta segunda el escenario en que se representa el primer acto de la Semana Santa calandina.

La señal convenida son las doce en punto del mediodía del Viernes Santo. Minutos antes, la plaza de Mosén Vicente Allanegui se va llenando poco a poco de hombres y niños, vestidos de morado, que llevan su tambor colgado del cuello, cruzado en bandolera. Pronto se aprecia que la placita no dará cabida a tanto celebrante. La espera transcurre tranquila hasta que en el reloj de la iglesia suena la primera campanada de las doce, esto es, justo el momento en que la cuadrilla de Tomás Gascón, seguramente los mejores tamborileros del mundo en la cada año renovada mejor actuación de su vida, atacan con toda la fuerza acumulada desde la Semana Santa anterior la llamada «mar-

cha palillera», que consiste en alternar, de acuerdo con un ritmo complejo, los golpes dados al tambor con el entrechoque de los palillos.

Esta ha sido la señal de comienzo, «la rompida», como se llama en Calanda al acto. Inmediatamente todos los tambores reunidos en la pequeña plaza se unen a la cuadrilla de Tomás Gascón. El gran ruido no cesará ya hasta las dos de la tarde del día siguiente, Sábado Santo, con sólo dos interrupciones. Es entonces también cuando el diafragma empieza a acusar una cierta opresión que impedirá respirar normalmente y cuando el estómago experimenta una sensación idéntica a si le golpeara un boxeador profesional.

Una vez que la plaza entera retumba, y momentos antes de que las casas se desplomen, la cuadrilla de Tomás Gascón termina el toque de «la palillera» y se hace el silencio. El paréntesis se dedica al rezo comunitario de un Padre Nuestro y un Ave María en memoria de Mosén Vicente Allanegui, párroco de Calanda a principios de siglo, que fue el princi-

# DE LA SANGRE

pal impulsor del uso del tambor en las celebraciones de la Semana Santa en el pueblo. Rezadas las oraciones, se reanuda el toque durante unos quince minutos y luego el gentío se dispersa y las cuadrillas (siempre se toca en cuadrillas, no en solitario) recorren las calles golpeando los parches sin tregua. Las cuadrillas tienden a singularizarse mediante toques característicos y exclusivos que no interpretan las demás, aunque la monotonía del tambor no permite grandes diferencias.

## Los «pum-tun-tunes»

A las tres de la tarde las cuadrillas vuelven a reagruparse, esta vez en la placeta del Pilar, para formar la procesión del Pregón, que desfila por las calles del pueblo. En la procesión, los tambores se sitúan en dos filas paralelas entre las que marchan los bombos. El toque se vuelve reiterativo y cansino, roto únicamente por el contrapunto de los «pum-tun-tunes». «Pum-tun-tunes» es el nombre onomatopéyico que reciben los soldados romanos que figuran en la procesión y que continúa y rítmicamente dejan caer con fuerza los palos de sus lanzas al unísono sobre el suelo.

La tradición de los «pum-tun-tunes» es, según todos los datos, más antigua que los propios tambores. Arranca de la audiencia que Felipe IV concedió en 1643 a Miguel Pellicer, joven calandino que perdió una pierna, que le fue amputada en el Hospital General de Zaragoza y que la Virgen del Pilar, de la que era muy devoto, le devolvió de acuerdo con los testimonios de la época. El Rey, a cuyos oídos llegó la fama del milagro, llamó a la Corte a Miguel Pellicer y veneró y besó la extremidad resucitada. En recuerdo de la audiencia, el Rey regaló a Pellicer una armadura del siglo XVI, que quizá no recibió, en manos de los calandinos, un trato acorde con su pasado, seguramente glorioso: fue destinada a acompañar la procesión del Pregón. Sin embargo, a finales del siglo pasado, la cofradía, hoy inexistente, que administraba la armadura, la vendió para pagar la confección de hábitos para los hermanos.

Consta que el pueblo, enterado de semejante arbitrariedad, se rebeló en un primer momento contra las autoridades, invocando la memoria de Miguel Pellicer, la más preclara figura de Calanda



En la Semana Santa de Calanda el rito no está protagonizado por Cristos yacentes y Madres Dolorosas rodeados de hachones y encapuchados, sino por todos los tambores que el pueblo pueda sacar a las calles para golpearlos ininterrumpidamente durante veintiséis horas.

junto con Mosén Vicente y Buñuel. No fue posible recuperar la armadura, pero la tradición quedó a salvo sustituyéndola por los soldados romanos y transformando en plural el «pum-tun-tun» con que se designaba al portador de la armadura.

Sin embargo, los «pun-tun-tunes» no cumplen sólo la misión de acompañar el desfile procesional del Pregón y marcar durante él el contrapunto con los tambores y bombos. Quizá su principal tarea consista en montar guardia ante el monumento donde se coloca el sagrario entre la celebración litúrgica del Viernes Santo y los oficios del sábado. No obstante, el ceremonial con que se efectúa cada relevo de guardia, incluidos numerosos taconazos y abundantes golpes de lanza sobre el suelo de la iglesia, que atraen al pleno de la chiquillería y turban el recogimiento exigido por el momento y el lugar, parecen estar en contradicción con las actuales directrices de la Iglesia y es posible que el actual párroco de Calanda opte por prescindir de los «pum-tun-tunes» en un futuro próximo.

## Un nuevo elemento: sangre

A las cinco de la tarde descansan los calandinos de tanto y tanto toque. Esta interrupción se debe al comienzo de los oficios de Viernes Santo, que se celebran en silencio. Concluidas las ceremonias, los tambores atronan de nuevo el pueblo hasta la hora en que se forma la procesión de la Soledad, las ocho de la tarde.

Y es a partir de las diez de la noche cuando el ruido, el sonido seco y hueco del tambor se hace crítico y ritual. Las cuadrillas, a las que de noche se suman las mujeres a quienes, teóricamente, no les está permitido participar de forma activa, recorren nuevamente la calle en una especie de terrible danza que sólo concluirá a las dos de la tarde del Sábado Santo.

De madrugada, los oficiantes de esta suerte de ceremonia brutal, desnuda, concisa, han ensangrentado los parches de sus instrumentos al cabo de más de doce horas de apalearlos. El cansancio impide controlar el rebote de la maza o los palillos en la tripa bien tensada y la piel roza el parche una y otra vez y los nudillos se despellejan y la sangre corre en hilillos por la mano de los tamborileros, por el brazo de los

# LOS TAMBORES DE LA SANGRE

tamborileros. A estas alturas sólo los calandinos aguantan y siguen alzando el brazo cuanto pueden y dejándolo caer sobre bombos y tambores como el jadeo de un caballo reventado o el pulso multiplicado de un amante, y golpeando, golpeando, golpeando, mientras la sangre mancha y purifica.

La mañana del Sábado Santo es quizá la de los forasteros, la de los curiosos atraídos por el misterio del ruido. Vienen cargados de cámaras fotográficas y tomavistas y buscan como perdidos a Buñuel, que casi nunca va por estas fechas, en contra de los rumores, y juegan a Lelouch o a Polanski, según, y recuerdan la secuencia de «Pippermint Frappé» que Saura rodó aquí y a Geraldine, la tierna y dulce Geraldine, chorreando sangre por las manos; pobre Geraldine sadomasoquista.

El problema de los forasteros y su contagio tamboril (el ansia de participación tiene un cierto paralelismo con la despertada por los Sanfermines) se satisface gra-

cias a un bombo mayúsculo de un metro y veinte centímetros de diámetro que se puede golpear a voluntad —generalmente ante la mirada conmisericordiosa de los calandinos, que comentarán siempre la ignorancia y la poca maña del improvisado intérprete— y que tiene la ventaja de que, por sus dimensiones nadie puede llevárselo a casa para enseñarlo a los amigos como recuerdo de Calanda.

## Lenguaje supremo, suprema ocasión

Un primer acercamiento a esta Semana Santa de Calanda sugiere inmediatamente el tambor como signo, como lenguaje supremo en la suprema ocasión anual del pueblo, como palabras cerradas en sí mismas, sólo alcanzables por los que integran la comunidad.

Sin embargo, con igual inmediatez, esta suprema expresión se extiende no sólo a la comunidad,

sino también a los que en algún momento formaron parte de ella. Resulta reveladora la presencia de los calandinos emigrados, residentes principalmente en Zaragoza, Barcelona y Valencia, que raramente faltan a la cita anual con el tambor de Semana Santa. En este caso, no obstante, la concurrencia más parece responder a un confuso enraizamiento, a una desalienante necesidad de cumplir la visita a la tierra, a esta tierra vieja y dura y cansada, de tan irremisible atractivo, como una caída en la seducción periódica del origen. El calandino es ciertamente fiel a su raíz y, actualmente incluso, afirma su vinculación a la tierra en lo que se cifra como mayor anhelo: el «masico» (masía), pequeña casa de campo, dedicada hoy al descanso, y que se interpreta como el signo suntuario del «status» alcanzado.

Tiene también importante significado el hecho de que el tambor elimine las diferencias socia-

les de dinero o de prestigio. Como expresión de la colectividad, las diferencias se establecen únicamente entre las cuadrillas de acuerdo con su mayor o menor habilidad en la interpretación de los diferentes toques. Aparte de los característicos de cada grupo y de los que se inventan nuevos cada año, hay determinados toques tradicionales que interpreta todo el pueblo, tales como la «marcha palillera», que marca «la rompida», el de «correata», el de «que suban y bajen las imágenes», el de «a rodar por todo el pueblo», el de «la bombera», etcétera.

Los toques citados pertenecen exclusivamente a Calanda. Es oportuno aclarar que el tambor se utiliza también en algunas localidades de la comarca, como Híjar y Alcañiz, en calidad de factor fundamental de la Semana Santa. La rivalidad entre estos tres pueblos se ha traducido en un concurso que se celebra todos los años en Híjar el Domingo de Ramos, en el que se participa





Todo el pueblo, con sus tambores preparados, aguarda la señal convenida: las campanadas de las doce del mediodía del Viernes Santo; es «la rompida» o arranque de la ritual tamborrada.

por cuadrillas y en el que se presentan toques nuevos, cada vez más complicado y difíciles de ejecutar. En las cinco primeras convocatorias, el primer premio lo ha conseguido siempre la cuadrilla de Tomás Gascón, el de Calanda, que este año ha tomado parte en el concurso como invitado de honor, sin pretender al premio.

Tomás Gascón es un hombre alto y fornido, que andará por la treintena. Está orgulloso de que su cuadrilla esté reconocida oficialmente y popularmente como la mejor de toda la comarca y de que haya sido llamada al concurso de Híjar como invitada especial. «Bueno, no me desagrada, pero yo prefiero concursar. Aunque, claro, comprendo que se debe dejar paso a los jóvenes», dice. Tomás construye los tambores y bombos de su cuadrilla y últimamente viene recibiendo encargos («muchos más de los que puedo atender. Trabajo día y noche. Fíjese, me caigo de sueño»). Sus métodos son completamente artesanales, aunque ahora la chapa de latón o aluminio que formará la caja le venga ya cortada y los parches sean de nylon. Estos, «los standard», se venden entre 3.500 y 4.000 pesetas. Los de mejor sonido son los que tienen el parche de piel curtida de cabrito o ternero, que ha de ser de cabra para los bombos. Lo más delicado del proceso de fabricación de un tambor es el montaje y nivelación de los aros, esencial para conseguir el mejor sonido.

### Tradición y Vía Crucis

El carácter artesanal de la fabricación de tambores hace pensar en costumbres largamente heredadas y en tradiciones inamovibles. Pero sorprende que no se encuentren sobre la utilización del tambor en las celebraciones de Semana Santa referencias ni documentos anteriores a 1905, año en que Mosén Vicente se propuso ampliar el grupo de veinte o treinta tamborileros que acompañaban las procesiones. No parece que fuera Mosén Vicente el autor de la idea, pero tampoco se le puede atribuir a los tambores una antigüedad mucho mayor (a diferencia de la comprobada a los «pum-tun-tunes»), y aun habida cuenta de las afirmaciones de los más viejos calandinos, que hablan de sus tiempos sin precisar fecha alguna y quieren asegurar con sus testimonios inapelables una base tradicional, firme, arraigada, ancestral a una costumbre de adopción relativa-

mente reciente, magnificada y sublimada por el sentimentalismo colectivo.

Por otra parte, el significativo religioso de los tambores no se presenta claro. Resulta una forma de religiosidad externa al nivel de las saetas, o posiblemente incluso en un estadio anterior. El hecho de que se toquen los tambores ininterrumpidamente (salvo las excepciones de la celebración de los oficios del Viernes Santo y de la procesión de la Soledad, que, por razones táctico-sentimentales, exigen el silencio) desde las doce del mediodía del Viernes Santo a las dos de la tarde del día siguiente, horas asimilables a las que Cristo permaneció muerto, puede presumir una cierta identificación con el duelo de la Iglesia, pero identificación que se realiza posteriormente, una vez que se cuenta con tambores y que su sonido duro, monótono (a pesar de la extraña musicalidad que con ellos logran algunos virtuosos de Calanda), evoca una determinada postura de tristeza. Es la razón —el mínimo valor de significativo religioso— el que hace calificar las tamborradas de Calanda de simples «actos cívico-religiosos» (1), con la maravillosa ambigüedad con que España se denomina tanto la inauguración de una autopista como el descubrimiento de una lápida, abundantes en rezos y bendiciones.

En este punto cabe llamar la atención sobre el Vía Crucis que,

sólo para hombres, se organiza en Calanda a las once de la noche del Jueves Santo. La costumbre imponía que el uso del tambor se redujera a las horas ya citadas del Viernes y el Sábado Santos. Sin embargo, la escasa afluencia de calandinos al Vía Crucis del jueves por la noche aconsejó la introducción del tambor como elemento aglutinante. Efectivamente, el experimento dio resultado y se consiguió una mayor participación, aunque también se registran los casos de los puristas que precisamente ahora faltan al Vía Crucis porque consideran que se ha roto la tradición de tocar únicamente el viernes y el sábado. El tambor tiene, pues, en todo caso, un contenido religioso secundario, postizo de algún modo, y permanece en la esfera del medio y no de los objetivos.

### Por una primera aproximación

Por otra parte, no se puede hablar del tambor como ceremonia o rito. Volvemos a la costumbre y un poco al placer de aporrear sin limitaciones. Puede que en los momentos de apoteosis colectiva, cuando se agrupan todas las cuadrillas y la confusión es mayor, cuando las tejas sueltas de las casas caen al suelo movidas por la vibración y los oídos renuncian a percibir cualquier sonido y cuando la plaza entera, desde los árboles a los muros, parece que va a abrirse en dos y tragarse los

seiscientos tambores y 400 bombos malditos, en esos momentos quizá la ceremonia, la sublimación, alcance su más alto grado, pero no hace olvidar que el estuendo sirve más que nada como demostración de la entidad y la categoría del propio pueblo y sus habitantes, es decir, Fuenteovejuna armando más ruido que nadie y haciéndose oír, en circunstancias normales, a doce kilómetros a la redonda.

Parejo al contenido de afirmación de la propia personalidad va el testimonio de la sangre. Que sean principalmente los hombres los que despellejan sus manos (aunque en saña golpeadora no vayan a la zaga las mujeres) permite una referencia a la virilidad y a un lejano masoquismo. Es necesario el vino, a lo que parece, para mantenerse, por otro lado, sin cesar de tocar el tambor durante unas veintiséis horas. Todo ello da a esta tamborrada sacra un tinte de machismo, trasunto a nivel individual del «aquí estamos» fuenteovejunesco. Conviene aclarar que el cachondeo es mínimo y que la celebración no tiene que ver con descargas emocionales de lo agresivo, cachondeo y agresividad que serían buen material para el «Celtiberia».

Y en medio, los turistas, con su nota de color entre las túnicas moradas de los calandinos. Las dos clases de forasteros que atrae Calanda (por un lado, la familia que se mete en el coche, llega, se hace unas fotos golpeando el gran bombo, come y se va; por otro, los «snobs», esos que andan perdidos buscando a Buñuel) son tratados, por lo general, con magnífica indiferencia. Realmente, los de Calanda piensan que la fiesta va con ellos y basta, fuera de algún listillo que ha visto venir el negocio y parece tener la exclusiva de las fotografías con el bombo. Y tanto estorba la presencia de los turistas ingenuos como la de los culturalistas que pretenden transformar las tamborradas en el escenario a su medida para la manipulación de los signos y las cosas. Calanda no hace cada Semana Santa sino representarse a sí misma, y aquí está una primera aproximación a su costumbre. ■ M. A. M. E. Fotos: JOSÉ MARIA VALLS.

(1) «Calanda», de fray Manuel García Miralles, O. P., Valencia. Tipografía Artística Puertes, 1969. Algunos datos del reportaje están tomados también de este libro.

La documentación sobre el tema es escasísima. Aparte del op. cit., se encuentran referencias a los tambores de Calanda en «Luis Buñuel. Biografía crítica», de J. F. Aranda.